

# México: el abstencionismo en democracias incipientes

HENIO MILLÁN

Investigador de El Colegio Mexiquense A. C. Doctor en Ciencias Sociales, master en Economía y licenciado en Historia. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II, México.

Mexico: Abstencion in emerging democracies

**Resumen**

El abstencionismo en México es de un tipo distinto al que imperaba durante el régimen de partido hegemónico. Responde, fundamentalmente, al desencanto que la ciudadanía ha experimentado con la forma que ha asumido la democracia en México. Las expectativas que esta había erigido fueron frustradas en virtud de la persistencia de la pobreza, la parálisis de la modernización, la falta de representatividad de la élite política y el deficiente desempeño de los gobiernos democráticos. Ello ha conducido a la decepción de sus principales promotores, los actores modernos, en la medida en que buena parte del impulso a este régimen sembró expectativas tendentes a destrabar la anomia que desvincula el esfuerzo y el bienestar.

*Palabras claves:* abstencionismo, modernización, democracia, desencanto, México.

**Abstract**

Abstention in the new Mexican democracy is different of the other that prevail during the hegemonic party regime. It obeys, basically, to the discontent lived by citizenship with the shape democracy has adopted in Mexico. Expectations this regime woke up were frustrated because the poverty persistence, the paralysis of modernization, the low level of representativeness of political elite and the bad performance of democratic governments. All this has conducted to disillusion of its main promoters, the modern actors, because a good part of the support to this regime seeded expectation toward a brake down with the anomia that unlink effort and welfare.

*Key words:* Abstention, Modernization, Democracy, Disillusion, Mexico.

EL ABSTENCIONISMO se fue profundizando en México a medida que el viejo régimen de partido hegemónico fue perdiendo una de sus principales bases de legitimidad: un esquema de representación corporativa que sustituía, minimizaba y subordinaba al más elemental de todo sistema político democrático: las elecciones. La maquinaria de movilización, la compra y coacción del voto, por no mencionar los múltiples eventos de fraude comicial, arraigaron la idea de invencibilidad del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que terminó por alejar a los votantes de la urnas. Por tal razón, la larga, sinuosa y a veces trágica lucha por la democracia tuvo en las elecciones limpias y equitativas su principal símbolo de este tipo de régimen. Que los “votos contaran y se contaran”, como se decía en las vísperas de la alternancia del año 2000, resumía las aspiraciones ciudadanas en torno a la vida democrática. ¿Un concepto muy restringido? Sin duda. ¿No contemplaba la democratización del Estado ni la inclusión participativa en el proceso de toma de decisiones? No. Esas eran demandas circunscritas a académicos, las ONG, intelectuales y periodistas; no del resto de la ciudadanía. Para ella, la reforma de las instituciones, el buen gobierno, la modernización del país y la reducción de la pobreza no serían más que un corolario de este cambio en terreno comicial.

Sin embargo, después de que se instituyeron organismos y procedimientos que garantizaban la limpieza y efectividad de las elecciones, los votantes no respondieron con una mayor asistencia a las casillas. ¿Cuáles son las razones que explican este tipo de comportamiento? Abonar con algunos elementos a la respuesta correcta es el propósito central de estas líneas. La hipótesis central es que el abstencionismo reciente representa el descontento con la forma que ha asumido la democracia porque las expectativas, desde distintos frentes sociales y políticas, se han visto frustradas.

Estas simples ideas serán demostradas en este ensayo mediante el análisis de una encuesta realizada quince días después de la elección federal de 2009, auspiciada por el IFE. Los encuestados fueron 1.200 personas mayores de 18 años y repartidos en todo el territorio nacional. Las entrevistas se verificaron en el domicilio.

Este ensayo está dividido en dos secciones generales. En la primera se detectan los determinantes del abstencionismo y se estima la probabilidad de abstenerse para cada uno de ellos; en la segunda se intenta encuadrar esos determinantes en un marco lógico que dé cuenta de la conducta del nuevo abstencionista.

### Determinantes generales del abstencionismo en México

La técnica general utilizada consiste en estimar una ecuación logística, que tiene al abstencionismo como variable dependiente y a un factor determinado como variable explicativa. La primera se construye con las respuestas que los encuestados emitieron a la pregunta sobre si votaron o no en la pasada elección. Así se construye una variable dicotómica, que asume el valor de cero si el individuo no asistió a las urnas y de uno si sufragó por algún partido o si anuló su voto. La segunda es medida de distintas maneras, que dependen de la variable en cuestión. De esta forma, la ecuación logística puede ser expresada de la siguiente forma:

$$\ln \frac{P}{1-P} = \alpha + \beta X$$

[1]

Donde P es la probabilidad de abstenerse; 1-P, la probabilidad de votar; X, el vector de los valores que asume la variable independiente y  $\alpha$  son los parámetros. Para el lector poco familiarizado con el análisis multivariante, en este tipo de ecuaciones logísticas los datos relevantes son los siguientes: a) el nivel de significancia: si es menor que 0,05, el parámetro correspondiente es válido en la medida en que es estadísticamente significativo; de lo contrario, el verdadero parámetro es cero; y b) el signo de ese parámetro: si es positivo, la probabilidad de abstenerse aumenta (disminuye) cuando se eleva (baja) la variable independiente.

El procedimiento para obtener la probabilidad de abstenerse en función del factor X es:

$$\text{Exp}\left(\ln \frac{P}{1-p}\right) = e^{\alpha + \beta X}$$

$$\frac{P}{1-P} = e^{(\alpha + \beta X)}$$

$$P = \frac{e^{(\alpha + \beta X)}}{1 + e^{(\alpha + \beta X)}}$$

[2]

De la expresión (1) aporta las técnicas para detectar si un determinante influye en la probabilidad de abstenerse; pero de ella se desprende (2), el método para estimar esa probabilidad para cada

factor (Gujarati, 2001). Esas técnicas fueron utilizadas para detectar los determinantes del abstencionismo. Al hacerlo, las relaciones que resultaron significativas arrojaron los factores del cuadro 1<sup>1</sup>.

Según se ve, son ocho los factores que determinan el abstencionismo reciente en México: la pobreza, la educación, el grado de modernización, la confianza en los agentes sociales y las instituciones, la representatividad de la élite política, la percepción sobre la gestión gubernamental, la identificación partidaria y la sofisticación del votante.

En las líneas siguientes se explicita la forma en que fueron estimados los indicadores de cada uno de estos determinantes, para dar paso a la explicación del mecanismo de transmisión que vincula estos causales con el fenómeno del abstencionismo.

### *La pobreza*

En los estudios tradicionales del abstencionismo es usual incorporar al ingreso como un factor que influye en la participación electoral. Se espera que las personas de mayor ingreso accedan más fácilmente a los medios de comunicación y utilicen el sufragio como uno de los expedientes de defensa de intereses, que se manifiesta en el apoyo a partidos y candidatos que mejor los representa (Ramos Oranday, 1985). Sin embargo, nuestras pruebas estadísticas nos advierten que mientras el ingreso deja de ser –si es que alguna vez fue– determinante de la abstención, la pobreza emerge como un factor de influencia decisiva.

Este hallazgo erige un enigma, porque el indicador de pobreza fue construido en términos de ingreso y línea de pobreza. La única modificación consiste en la estimación de la línea, que en lugar de calcular una para el medio urbano y otra para el rural, ahora es un promedio ponderado por las poblaciones de ambos ámbitos. La razón obedece a que la encuesta no permite distinguir quién de los encuestados habita en uno y en otro. Así, el promedio ponderado de las líneas de pobreza rural y urbana (PPLP) es el siguiente:

$$PPLP = \alpha LP_i^R + (1 - \alpha) LP_i^U$$

[3]

Donde PPLP es el promedio ponderado de las líneas de pobreza urbana y rural;  $\alpha$ , la proporción rural de la población total;  $LP_i^R$ , la

1. Cuando se omite la fuente del cuadro se trata de una elaboración propia con datos de la encuesta mencionada; de provenir de otra fuente, se señala la misma.

**Cuadro 1. Determinantes del abstencionismo y resultados de la regresión logística**

Variable	Parámetros		Niveles de significación		Coeficiente Wald	
	$\alpha$	$\beta$	de ( $\alpha$ )	de ( $\beta$ )	de ( $\alpha$ )	de ( $\beta$ )
<b>Pobreza</b>						
Alimentaria	-1,171	0,108	0	0,026	235,7	4,98
Capacidades	-1,194	0,131	0	0,026	270	4,98
Patrimonial	-1,273	0,21	0	0,026	321,48	4,98
<b>Educación</b>						
General	-0,795	0,02	0	0,013	16,07	6,159
Ingreso bajo	0,368	0,007	NS*	NS*	0,81	0,051
Ingreso medio	-0,366	0,99	NS*	0,041	0,095	4,156
Ingreso alto	1,132	-0,134	NS*	0,020	2,58	5,42
Grado de modernización	-0,512	-0,1	NS*	0,004	3,73	8,141
Confianza	-0,783	-0,16	0	0	27,21	12,81
<b>Representatividad</b>						
Global	-0,865	-0,138	0	0	56,116	13,927
Autoridades	-0,995	-0,096	0	0,003	88,39	8,762
Partidos	-0,774	-0,148	0	0	48,823	26,118
<b>Déficit en la gestión gubernamental</b>						
Gobiernos anteriores	-1,329	0,054	0	NS*	251,32	0,170
Gobierno actual	-0,87	0,668	0	0,001	33,82	11,043
<b>Identificación partidista</b>						
General	-0,317	-0,169	0,020	0	5,427	55,553
Con el PRI	-0,78	-0,144	0	0	64,70	38,156
Con el PAN	-0,952	-0,094	0	0	96,28	16,6
Con el PRD	-1,17	-0,053	0	NS*	209,11	3,4
Con el PVEM	-1,257	0,004	0	NS*	233,40	0,019
Con el PT	-1,218	-0,036	0	NS*	253	0,947
Con Convergencia	-1,25	-0,001	0	NS*	269,32	0,001
Con Panal	-1,245	-0,008	0	NS*	263,018	0,036
Sofisticación	-0,909	-0,128	0	0	97,92	25,45

NS: No significativo

**Cuadro 2. Líneas de pobreza oficiales y promedio ponderado**

	Urbana	Rural	PPLP
Alimentaria	\$1.040,75	\$773,65	\$941,40
Capacidades	\$1.276,47	\$914,67	\$1.141,90
Patrimonial	\$2.088,14	\$1.403,85	\$1.833,63

Fuente: elaboración propia con datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi), Censo de población y vivienda, 2005, y El Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), Líneas de pobreza, México 2009 (agosto) a 2009 (junio).

línea de pobreza rural para la pobreza del tipo  $i$  (alimentaria, capacidades o patrimonial);  $LP_i^U$ , línea de pobreza urbana;  $YPCH$ , el ingreso per cápita del hogar donde vive el  $j$ -ésimo encuestado.  $X$  es la brecha de la pobreza, que mide la distancia relativa entre PPLP y los ingresos del encuestado  $j$ -ésimo. Si esta brecha es positiva, este puede ser considerado como pobre; si es negativa o igual a cero, como no pobre:

$$X_j = \frac{PPLP - YPCH_j}{PPLP}$$

$$X_j > 0, \text{ pobres}$$

$$X_j < 0, \text{ no pobres}$$

[4]

Es esta brecha la que se usa como variable independiente para estimar la ecuación logística que explicamos arriba. Las líneas de pobreza resultantes se consignan en el cuadro 2<sup>2</sup>.

Al utilizar el ingreso como criterio de discriminación entre pobres y no pobres, así como la brecha como variable explicativa que da cuenta de la pobreza, sería razonable esperar que ambas incidieran en el abstencionismo. Sin embargo, sólo la brecha de la pobreza exhibe esa capacidad. Las razones deben de buscarse tanto en el ingreso<sup>3</sup>, como en las características de la pobreza.

El argumento de la relación positiva entre el ingreso y participación electoral falla en pensar que sólo los menos pobres pueden adquirir información; también lo pueden hacer las personas de menores

2. El promedio ponderado de las líneas de pobreza equivalen a \$72 dólares para la pobreza alimentaria, \$87 dólares para la de capacidades y \$141 dólares para la patrimonial.

3. Es preciso mencionar que el ingreso resultó significativo, pero el parámetro correspondiente que lo vincula con el abstencionismo es prácticamente nulo. En este sentido, no existe ninguna incongruencia estadística con el indicador de pobreza.

ingresos, en virtud del bajo costo que ahora le imprime la difusión masiva de los medios de comunicación y la propia estrategia de las autoridades electorales con sus campañas a favor del voto, así como la de los partidos a favor de sus candidatos. Ambos están interesados en que los ciudadanos adquieran la información necesaria para asistir a las urnas. En el límite, la información electoral se vuelve un bien público, porque una vez que se suministra a un ciudadano no se le puede negar a otro y porque su consumo no disminuye su disponibilidad (Stiglitz, 2000). En este sentido, la condición de no rivalidad hace que el costo marginal se vuelva cero. Mientras más se acercan las campañas a una estructura de mercado competitivo, el precio también será cero, porque debe igualar el costo marginal (idem). En esta tarea, la combinación de medios masivos, autoridades electorales y partidos con alcance nacional ha sido decisiva. Cuando estos fallan en la tarea de difundir por la escasez de recursos, las autoridades se encargan de subsanar la falla llamados al voto; pero también lo hacen los partidos con mayor capacidad de penetración: la promoción de sus candidatos se vuelve una forma indirecta de promoción del voto. Así, aunque la estructura del mercado electoral no sea perfectamente competitiva, opera como tal. Por tanto, desaparece la ventaja que proporciona tener un ingreso mayor a la hora de acceder a información necesaria para ejercer el voto. El ingreso ya no ejerce influencia por esta vía.

La segunda parte del argumento convencional (defensa sofisticada de intereses) da pie para introducir la injerencia de la pobreza, en sus tres dimensiones, en el abstencionismo. En países como México es común que los pobres sean además marginados, en el sentido de son excluidos no sólo de los servicios públicos, sino también de los beneficios del desarrollo. Como han demostrado algunos autores (Millán, 2005), en épocas de auge, los frutos de la bonanza no llegan a la mayoría de los pobres, precisamente porque la condición marginal que acompaña a su pobreza los excluye de la dinámica del mercado. En cambio, en tiempos de crisis, esa condición los protege relativamente: sus ingresos decrecen proporcionalmente mucho menos que los correspondientes a otros núcleos sociales que, por no ser pobres ni marginados, están sujetos a los vaivenes del mercado. De esta forma, las políticas públicas orientadas hacia el mercado no inciden el bienestar de los pobres; para ellos será indiferente las distintas propuestas de los candidatos, aun en el caso de logren diferenciarse.

En resumen, los pobres pueden adquirir información sobre las elecciones a un precio prácticamente nulo, pero no encuentran incentivos



suficientes para votar porque para ellos cualquiera candidato que gane no podrá alterar significativamente su condición.

Por tanto, es razonable plantear que a medida que aumenta la pobreza aumenta la probabilidad de abstención, aun cuando no suceda lo propio con el nivel de ingreso. Esta relación, como se puede observar en el cuadro 1, prevalece para la pobreza alimentaria, la de capacidades y la patrimonial, que arrojan una probabilidad media de abstención igual a 24,39%, 24,15% y 13,22%, respectivamente. El hecho de que los dos primeros tipos sean mayores que la patrimonial corrobora el papel que juega la marginación en la influencia de la pobreza sobre el abstencionismo, en virtud de que tanto la alimentaria como la de capacidades exhiben grados notablemente superiores de incidencia en el campo, mientras que la patrimonial lo hace en el medio urbano, donde la marginalidad suele ser menor.

### *Escolaridad*

La escolaridad, medida por el número de años cursados, ha sido otro factor consuetudinario en los estudios de abstencionismo. Su predicción anticipa una relación negativa entre ambas variables: una mayor educación conduce a un mayor interés y comprensión de los asuntos públicos y a una ciudadanía más sólida. Individuos más educados se traducen en ciudadanos más participativos y comprometidos con los mecanismos de la democracia.

Recientemente, Temkin y Salazar (2007) rechazaron esta relación en un trabajo que postula la vinculación contraria: en México, a un grado mayor de instrucción corresponde un abstencionismo mayor. El mecanismo de transmisión consiste en que un mayor nivel de escolaridad permite una visión más crítica y desconfiada de las instituciones y, por tal razón, a una decepción prematura con la democracia, que desemboca en mayores niveles de abstención.

La importancia del mensaje de Temkin y Salazar radica en que la democracia vigente no sólo ha decepcionado a causa del funcionamiento de sus instituciones, sino que tiende a vaciarse del tipo de ciudadanos que la promovieron, la han respaldado y han constituido el núcleo social a favor de las reformas orientadas a su perfeccionamiento y consolidación: los actores modernos y más escolarizados. En la medida en que, en términos generales, estos actores se inscriben en las clases medias y empresariales, la supuesta “nueva” relación inversa estaría denunciando que con el tiempo palidece el componente activo de la débil democracia mexicana. En el límite, cualquier extrapolación conduciría a un escenario de agotamiento de sus motores vitales.

Según el cuadro 1, esta proposición no se sostiene en términos generales. Cuando se omite la condicionalidad del ingreso, la relación que registran nuestros encuestados convalida la perspectiva tradicional. Sin embargo, cuando se condiciona, la relación por estrato de ingreso<sup>4</sup> cobra sentido el postulado de Temkin y Salazar: mientras que para los ingresos bajos no opera ninguna vinculación entre educación y abstencionismo, las asociaciones comienzan a gestarse a partir de los niveles medios y se confirman con los más altos. En el primer caso, se cubre la predicción del trabajo de los autores: a mayor nivel de escolaridad, aumenta la probabilidad de abstenerse; pero esta causalidad sólo cubre a un cuarto de la población y no –como se pretende– a la totalidad de los ciudadanos. En el último cuarto opera la relación inversa entre las dos variables.

Estos dos comportamientos contrarios advierten de una posible fractura del bloque democrático, en caso de que ambos hayan sido los principales propulsores del régimen democrático, como lo demuestra Millán (1998), pero no de una extinción de su base ciudadana. Los estratos medios disminuyen la probabilidad de asistir a los comicios porque la democracia no ha desembocado en gobiernos que rompan la anomia entre esfuerzo y bienestar: un mayor nivel de estudio no se traduce en mejores condiciones de vida material, mientras se encuentran atrapados en el estrato medio. Como veremos más adelante, la modernidad surge como un proyecto de liberación, en el que los individuos se apropian de su propio destino mediante el esfuerzo. Ello les permite instaurar una lógica meritocrática como forjadora del bienestar, que contrasta con la importancia que en las sociedades premodernas asumía el privilegio suministrado por la cuna o ciertas relaciones personales, vinculadas generalmente con el poder. La educación y el trabajo devinieron el instrumento más conspicuo de autoconstrucción y realización individual, así como del progreso de la sociedad y sus miembros. Cuando esta se ha modernizado, como sucede en el caso de México, los ciudadanos esperan que un mayor esfuerzo se traduzca en bienestar particular; si no es así, se presenta una anomia, en el sentido que le confiere Durkheim (1964): una falta de normas que guíen el comportamiento de los individuos. Si los individuos pierden este referente para procurar su bienestar, pueden desarrollar conductas que se desvíen de lo que la propia sociedad moderna espera de ellos. En su lugar, pueden surgir pautas sociales “desviadas”, orientadas a la

---

4. La estratificación del ingreso se realizó de la siguiente manera: menor al ingreso mediano, ingreso bajo; entre el mediano y el correspondiente al tercer cuartil, ingreso medio; y mayores al del tercer cuartil, ingreso alto.

extracción de rentas, a la corrupción o la delincuencia. Los ciudadanos de ingresos medios ven frustrados, así, los caminos “no anómicos” que conducen a la construcción del propio bienestar.

Esto no sucede con las personas de ingresos más altos: con ellos, a mayor esfuerzo, mayor bienestar. No es posible determinar si este último comportamiento se debe a la democracia; probablemente no. Lo importante es que la ausencia de aquella anomia no levanta, en este último grupo, los argumentos suficientes como para darle la espalda a la democracia. En este sentido, no es posible sostener que existe una tendencia a que este régimen vaya perdiendo progresivamente adeptos.

No obstante, el hecho no deja de ser preocupante: las democracias funcionan con una base amplia de clases medias, que encuentran en sus reglas la mejor forma de ver materializado su esfuerzo en mejores condiciones de bienestar. Es este el vínculo que permite ligarla con los procesos de modernización no autoritarios, porque si bien es cierto que –como suele argumentarse– la democracia no fue diseñada para propiciar el desarrollo económico, tampoco es concebida para obstaculizarlo; más bien, es una forma elegir gobiernos que trabajen en favor de los ciudadanos mediante políticas públicas apropiadas y que reflejen acuerdos y consensos básicos sobre el rumbo que debe seguir una sociedad determinada. La ausencia de esos acuerdos, cualquiera que sea su sentido, refleja que no satisface las expectativas de quienes hoy se encuentran desencantados. Es la imagen de una democracia paralizada y paralizante (Aguilar Camín y Castañeda, 2009) a la que empiezan a atribuírsele responsabilidades que, en condiciones normales, no deberían competirle, pero que en virtud de la fragmentación cuasifeudal del poder, de sus secuelas oligárquicas y del divorcio entre gobernados y gobernantes no sale exenta de culpa en este tipo de juicios, cuando estas tendencias obstaculizan reformas necesarias para el desarrollo nacional.

Las probabilidades de abstenerse que corresponden a la escolaridad promedio de los estratos de ingreso medio y alto es de 73,7% y 16,3%, respectivamente. La diferencia tan grande obedece no sólo a la disparidad entre los años de estudios totales, sino también y fundamentalmente a la distinta actitud hacia el sistema político que hemos expuesto más arriba. Por otro lado, la probabilidad general, sin ningún tipo de condicionamiento, que corresponde a la media –también general– de escolaridad es de 22%.

### *Grado de modernidad*

La modernización de un país puede efectuarse sin democracia; la modernidad no. La distinción entre ambos términos se las debemos

a las aportaciones de Giddens (2002), Touraine (1994) y, sobre todo, a Habermas (2008). De conformidad con sus ideas, la modernidad es un proyecto articulado en la época de la Ilustración, consistente en la construcción de actores sociales individualizados, que se emancipan de las ataduras de la tradición con el propósito de transformar el mundo y de apropiarse de su propio destino mediante un ordenamiento vital y social regido por principios inspirados en la racionalidad. En cambio, la modernización es un proceso de mutación en las estructuras económicas, sociales y políticas que expande la presencia del mercado y/o del Estado, así como el uso de la ciencia y de la tecnología. En las ya famosas palabras de Habermas (2008:12):

El concepto de modernización se refiere a un manajo de procesos acumulativos y que se refuerzan mutuamente: a la formación de capital y a la movilización de recursos, al desarrollo de las fuerzas productivas y al incremento de la productividad del trabajo, a la implantación de poderes políticos centralizados y al desarrollo de identidades nacionales, a la difusión de los derechos de participación política, de las formas de vida urbana y de la educación formal, a la secularización de valores y normas, etc.

En este sentido, la modernización y la modernidad comparten la primacía de la racionalidad como centro ordenador. Pero mientras la primera la instrumenta para generar progreso, la segunda la constituye en norma que inspira y guía la liberación (Wallertein, 1998; Berman, 2008; Salles, 2000). Por tanto, la modernización trastoca fundamentalmente las condiciones de la vida social y material, mientras que la modernidad no se conforma con estas alteraciones y pretende ir más allá al ubicarse en el sinuoso campo de la subjetividad (Lechner, 1999).

Las relaciones entre ambas pueden sintetizarse así: puede haber modernización sin modernidad, como muestra la reciente discusión para el caso latinoamericano (Marín y Morales, 2010); pero no puede haber modernidad sin modernización. En este sentido, mi criterio de clasificación apela a actores sociales que asumen o resisten la modernidad como proyecto emancipador, porque sólo en los primeros es posible encontrar una simbiosis entre modernidad, modernización y democracia.

La democracia es, entonces, el único régimen para construir la modernidad, aunque no la modernización; es el que encaja en esa tarea y el que escogerían sus promotores si no contraviniera la jerarquía de preferencias, fincadas en primer lugar en el progreso material y, en segundo, en la estabilidad política y social. Por tanto, sería razonable esperar la traducción de este apoyo en participación electoral.

Para explorar esta posibilidad, hemos construido un índice de modernidad centrado en la cultura del esfuerzo y cimentado en dos variables que pretenden dar cuenta de esa cultura: la importancia que los encuestados asignan al estudio y al trabajo en éxito personal, en contraste con otras respuestas, que también reciben una valoración: las amistades, las suerte, la cuna, el conocimiento de sí mismo y hacer lo que uno le gusta. De esta forma, pretendemos recoger tres aspectos fundamentales de la modernidad: el individualismo, la racionalidad y el esfuerzo como constructor del bienestar, cuando se valora altamente al trabajo y el estudio.

En virtud de que cada respuesta puede, en determinadas circunstancias, contribuir al éxito personal, todas las respuestas recibieron una valoración, en una escala del 10 al 1,43, que se obtuvo de la siguiente expresión:

$$VR_i = 10 - (L_i - 1) * \frac{10}{n}$$

[5]

Donde VR es el valor de la respuesta i-ésima; L, es el lugar que ocupa la respuesta de mayor a menor; y n, número de respuestas posibles. Una vez obtenidas, se obtiene el promedio simple que cada entrevistado le asignó al trabajo y al estudio:

$$GME = \frac{VR_T + VR_E}{2}$$

[6]

Donde GME es el grado de modernidad fijado en el esfuerzo; T, trabajo; y E, estudio. Es claro que este indicador fluctúa entre 2,14 y 9,29.

Por otro lado, el uso del método de estratificación de Dalenius<sup>5</sup> nos permitió encontrar rangos de modernidad, en un eje que inicia con un nivel muy bajo y termina con uno muy alto (Cuadro 3).

Al introducir a GME como variable explicativa en la ecuación logística, los resultados confirman la relación esperada, como lo confirma el

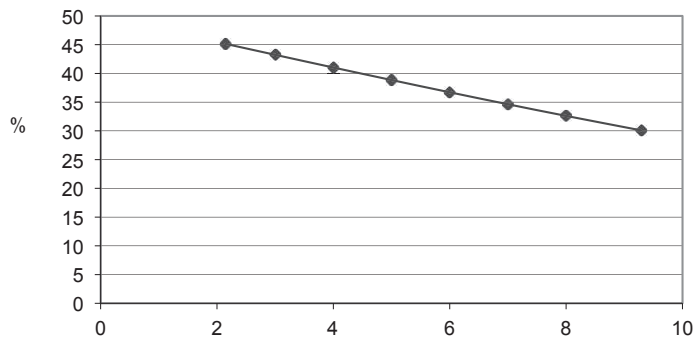
---

5. Una breve explicación de este método se puede encontrar en la página del INEGI: <http://www1.inegi.gob.pe/biblioineipub/bancopub/est/libo385/anex13.htm>.

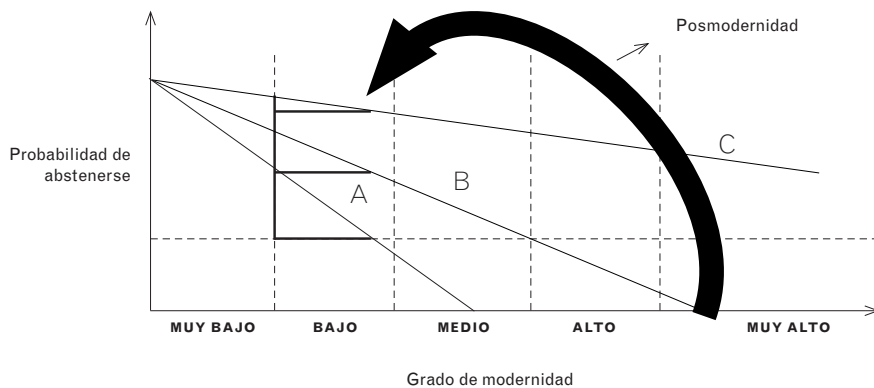
**Cuadro 3. Rangos de modernidad**

Rango	Nivel
2,15 - 4,292	Muy bajo
4,292 - 6.434	Bajo
6.434 - 7,148	Medio
7,148 - 8,576	Alto
8,576	Muy alto

**Gráfico 1. Probabilidad de abstenerse según grado de modernidad**



**Gráfico 2. Relaciones teóricas entre modernidad y abstencionismo**



cuadro 1: a mayor grado de modernidad, se reduce la probabilidad de abstenerse. Otro hallazgo es que la mexicana es una sociedad moderna, al registrar un GME con media de 7,5, en una escala cuyo valor máximo es 9,29; es decir, esa media representa 81% de ese valor. Sin embargo, a pesar de gozar de un alto grado de modernización, la probabilidad promedio de abstenerse por esta razón es considerable: 32,88%. Esto obedece a la pendiente de la curva de probabilidad, que es notoriamente baja, como se aprecia en el gráfico 2.

La pendiente es muy plana porque una reducción pequeña del abstencionismo demanda un gran esfuerzo de modernización. Ello refleja que los procesos de modernización emprendidos en México han estado a cargo de regímenes autoritarios, que han conservado como último baluarte las reformas necesarias para abrir el régimen a los avances democráticos, especialmente a los de índole electoral; pero también, ya en plena democracia, la supervivencia de instituciones del viejo régimen, que tiende a decepcionar a los grupos modernos, encargados de impulsar la democratización del sistema. El gráfico 2 puede ayudar a aclararnos estas ideas: muestra tres rectas, que pretenden dibujar tres sociedades distintas y que se distinguen geoméricamente por su pendiente:

- i. La recta A muestra sociedades en las que el abstencionismo declina aceleradamente ante avances modestos en la modernización, pero por más que esta progresa encuentra límites en los niveles bajos y medios. El proceso de modernización encuentra límites muy tempranos, que no le permiten avanzar a niveles similares al de los países desarrollados. Podemos intuir que se trata de naciones con fuerte presencia estatal en los que no existen espacios suficientes para el desenvolvimiento de la iniciativa, el esfuerzo y el beneficio individuales y, en específico, para la acción empresarial<sup>6</sup>.

En este escenario, cualquier proceso de liberalización económica, por más pequeño que sea, impulsa la modernización, que a su vez profundiza la individuación y la demanda de participación política. Cuando la liberalización alcanza la esfera electoral, se eleva sustancialmente la demanda de participación política. Sin embargo, la continuidad de la presencia del Estado o la influencia que este tuvo en el pasado (North, 1993) impiden que la

---

6. En este sentido, excluye a los países escandinavos, donde la presencia estatal se siente fundamentalmente en la carga fiscal y el Estado del bienestar, y no en la prohibición de actividades empresariales individuales.

modernización avance más allá de ciertos límites. Europa del Este aportar ejemplos en este sentido.

Un segundo caso lo pueden suministrar algunos países con lideratos notoriamente populistas, cuyo rasgo inicial haya sido el cansancio con la democracia, pero que no renuncian a los mecanismos asociados al sufragio, porque permiten impulsar y legitimar a los líderes carismáticos, que prometen hacer de ese régimen un instrumento de transformación social orientado hacia la equidad y la reivindicación de los más desprotegidos mediante claras intervenciones estatales en la economía y en otras dimensiones de la vida social. La modernización se ve acotada no sólo porque obstaculiza mecanismos de mercado, sino porque recupera figuras premodernas vinculadas a formas colectivas de producción y reproducción de esa vida social. La alta participación electoral es necesaria tanto para legitimar el liderazgo personal como la trayectoria que sigue el curso de la acción estatal, especialmente contra los detractores internos y externos del régimen. Venezuela, Bolivia y Ecuador son ejemplos que podrían ilustrar este segundo tipo de relación entre abstencionismo y modernización, que se distingue del primero por sus rasgos populistas y el papel personal del régimen.

- ii. La segunda clase de sociedad está representada por la recta B, cuya pendiente es inferior a la dibujada por A, pero mayor al panorama que describe C. En este tipo, la modernización declina la abstención a un ritmo medianamente acelerado, porque la alta participación electoral no es esencial para la legitimidad del régimen, ni porque la presencia del Estado es tan grande como para contener una demanda reprimida de participación y liberalización económica que posibilite traducir el esfuerzo en bienestar individual. Por eso mismo, la modernización no se encuadra en los bajos niveles; antes al contrario: puede alcanzar el estrato más alto, a partir del cual se detiene, porque sus niveles de bienestar posibilitan la aparición de un nuevo fenómeno: la posmodernidad.

La posmodernidad tiene como atributo esencial el vuelco hacia un hiperindividualismo que ubica al hedonismo como centro articulador de las acciones humanas. Los componentes del índice de modernización, el trabajo y el estudio pierden valor y no se asumen como instrumentos de autorrealización. Aunque implica una modernidad más acentuada por sus aspectos



individualistas, también se destaca por un retroceso en términos de valorización del esfuerzo personal. Ambos aspectos conducen a un rescate de la diversidad y a la crítica de los afanes uniformizadores de la modernización, porque la diversidad cultural no es más que una extensión del hiperindividualismo, que acepta y exige respeto hacia cualquier forma de vida personal.

Por ello no es casual que la posmodernidad suela manifestarse en un desinterés de los aspectos públicos tradicionales y que se traduzca en altas tasas de abstención, como lo muestra la curva de retroceso en el gráfico anterior: no sólo da marcha atrás en la modernización, sino también en los logros alcanzados en términos de abstención. Los países europeos occidentales son el ejemplo de este tipo de comportamiento.

- iii. El tercer tipo se distingue por tener la pendiente más baja: grandes avances de modernización arrojan sólo pequeños abatimientos en la probabilidad de abstenerse. En este caso, la modernidad no está acotada, porque seguramente ha ocurrido un proceso de liberalización económica abrupta y acelerada que arraiga en importantes segmentos de la población la convicción de que el esfuerzo personal puede traducirse en bienestar. Esta convicción refleja el sentimiento de los actores modernos de que si cambia el arreglo institucional “el progreso individual y social estará a la vuelta de la esquina”. Sin embargo, los altos niveles de abstención refleja varios elementos de decepción:

- La democracia no ayuda a traducir el esfuerzo personal en bienestar, porque todavía subsisten instituciones del viejo sistema que impiden destrabar la anomia entre esas dos variables. En el orden de preferencias de los impulsores “naturales” de la democracia, el progreso material ocupa el primer lugar. Si persisten arreglos institucionales que dominan o influyen notablemente en el juego económico, esos protagonistas acabarán por descreer de la utilidad de la democracia y por acentuar la sensación de que “todo sigue igual”, a pesar de que haya cambiado el régimen.

En esta actitud prevalece la demanda de una reforma institucional que trastoque las relaciones sociales premodernas, las vías de ascenso económico y social, y la forma en que el trabajo y el estudio se materializan en un mayor bienestar individual.

- La democracia no abre las puertas para la participación política

de la ciudadanía. La política, en este sentido, ha pasado de ser el monopolio de un partido hegemónico a una estructura oligopólica de varios partidos, que actúan de forma similar y sin distinciones conductuales y de política pública. La élite política se autonomiza de la ciudadanía no sólo por su carácter cerrado, sino también porque esta no puede ejercer ningún control sobre ella ni se siente representada por los agentes políticos, sean autoridades electas o partidos del espectro nacional.

Detrás de esta visión se percibe una demanda de reforma política que trascienda el ámbito electoral y apunte hacia mayores niveles de representatividad, control ciudadano y apertura de los espacios de participación.

- Los gobiernos democráticos difícilmente pueden llevar al cabo las reformas institucionales demandadas en el ámbito social, económico y político sin arriesgar mínimos de gobernabilidad, en la medida en que la sociedad es altamente heterogénea y, adicionalmente, polarizada. Los dos cuadros siguientes (4, 5) dan cuenta de estas características para el caso mexicano.

La mayoría de la sociedad mexicana se integra por actores modernos; pero existe un porcentaje importante de la ciudadanía no se ubican en esta caracterización<sup>7</sup> y que contraviene sus proyectos homogenizadores.

El cuadro 5 da cuenta de la distribución de cada tipo de actor por grado de modernidad: mientras que más de 90% de los modernos se ubican en los estratos de alta y muy alta, los demás se ubican en el extremo opuesto; es decir, de baja y muy baja. Ello indica que se opondrían a las reformas institucionales tendientes a una aceleración de la modernización. Ejemplos como la reforma educativa, la inversión privada en petróleo, el IVA en medicina y alimentos, y la reforma laboral, por mencionar

---

7. Como se ha precisado, la identificación de los actores modernos se ha operativizado por la importancia que se le brinda al trabajo y al estudio como factor de éxito. A su vez, el actor premoderno tradicional se identifica por un fatalismo que se plasma por la alta ponderación que recibe la suerte y el origen social (la cuna); el premoderno rentista es operativizado por la cuna y por las buenas amistades. Estas le permiten abandonar su origen y explotarlas para obtener rentas desligadas de la productividad. El premoderno se distingue por el hedonismo; por ello las variables operativas que lo identifican son “hacer lo que le gusta”, el “conocimiento de sí mismo”, el estudio por placer y conocimiento, y la suerte. El mixto, por su parte, combina elementos modernos con alguno de los tipos anteriores.

**Cuadro 4. Composición de los ciudadanos mexicanos por tipo de actor**

	Frecuencia	%
Moderno	727	60,6
Premoderno rentista	112	9,3
Premoderno tradicional	76	6,3
Postmoderno	183	15,3
Mixto	102	8,5
<b>Total</b>	<b>1.200</b>	<b>100</b>

**Cuadro 5. Tabla de contingencia entre tipo de actores y grado de modernidad**

	Grado de modernidad				
	Muy baja	Baja	Media	Alta	Muy alta
Moderno		1%	7,8%	36,9%	54,3%
Premoderno rentista	29,4%	57,8%	12,8%		
Premoderno tradicional	14,5%	74,2%	11,3%		
Postmoderno	21,8%	64,8%	13,4%		
Mixto	12,2%	21,4%		66,3%	
<b>Total</b>	<b>7,8%</b>	<b>21,5%</b>	<b>8,7%</b>	<b>28,3%</b>	<b>33,6%</b>

los más importantes, reflejan elocuentemente esa polarización. Por otra parte, el segmento de ciudadanos que podría fungir como el “agente moderado”, típico de las transiciones (Przeworski, 1995; O’Donell y Schmitter, 1986), representado por el actor mixto, aporta una porción muy pequeña del total de ciudadanos: 8,5%. Este podría servir de enlace mediador entre ambos núcleos, si su dimensión fuera lo suficientemente grande para cumplir esa función. Pero no lo es y la sociedad aparece, además de heterogénea, como polarizada.

Ejemplificando de nuevo con el caso mexicano, la heterogeneidad no acarrió problemas de gobernabilidad mientras prevaleció el sistema de partido hegemónico. La concentración del poder en el ejecutivo, sea por vías constitucionales o metaconstitucionales, estaba estrechamente ligada a un esquema corporativo que anidaba a los sectores populares en el partido oficial, cuyo funcionamiento permitía administrar la protesta de los movimientos sociales encuadrados en ese esquema, así como cooptar o reprimir a los de índole independiente. Pero

en la medida en que esos movimientos integraban y formaba una parte sustancial del sistema y del régimen político, la modernización debía acotarse en buena parte a sus intereses. Así, el equilibrio entre los modernos y los otros actores se gestaba mediante un mecanismo de arbitraje del presidente de la república, que implicaba el uso discrecional de la ley y la consigna de que ningún actor se impusiera sobre la autoridad del Estado.

Con el arribo de la democracia ocurren dos cosas: la pérdida de la facultad de arbitraje del ejecutivo y del uso de sus capacidades metaconstitucionales, por un lado; y la autonomización de los movimientos populares encuadrados en los esquemas corporativos y de los gobiernos locales, tradicionalmente subordinados al ejecutivo federal, por el otro. Estos dos elementos, que estuvieron presentes en el siglo XIX y en la etapa postrevolucionaria del siglo XX, volvieron a imponerse y propiciaron que la gobernabilidad estuviera en juego cuando el gobierno se empeñara en proseguir con su proyecto de modernización sin miramientos a los intereses premodernos. Los movimientos sociales asociados a estos actores muestran capacidad de enfrentar al Estado y de desactivar cualquier reforma que atente contra sus privilegios y rentas. Esa capacidad se exhibe no sólo con la movilización popular, sino también en el legislativo, ahora dominado por partidos políticos y los poderes locales. Entonces, la gobernabilidad se ve amenazada tanto por los movimientos populares como por diputados y senadores que obedecen a un gobernador, que suele ser de oposición y ha reconstituido a nivel local alguna de las funciones que cumplían el ejecutivo y partido hegemónico.

De esta forma, la pendiente de la recta A también refleja la heterogeneidad social, en un escenario en el que la ausencia de formas autoritarias de ejercer el poder la torna en polarización social que constantemente pone en riesgo la gobernabilidad.

Estos elementos contribuyen, en sociedades descritas por la recta C y ejemplificadas por el caso de México, a explicar cierta decepción con la democracia, así como hacer compatibles altos grados de modernización con probabilidades de abstenerse muy grandes.

### *La desconfianza y el abstencionismo electoral*

La sociedad mexicana es desconfiada. Desconfía de las autoridades, de los partidos y agentes políticos; de las instituciones y del Estado. También desconfía de sí misma. Avalemos lo dicho con evidencia empírica (Cuadro 6).

Para ilustrar y volver más elocuente el cuadro anterior, hemos optado por calificar cada uno de sus rubros, de conformidad con un índice que fluctúa en una escala de 0 a 10. El procedimiento consistió en asignar los siguientes valores a cada una de las respuestas:

Totalmente	10
Mucho	6,67
Poco	3,33
Nada	0

El índice de confianza para cada rubro se construye de conformidad con la siguiente expresión:

$$IC_j = \frac{\sum_{i=0}^{10} f_{ij} * VR_i}{1200 - DP}$$

[6]

Donde IC es el índice de confianza para el rubro j-ésimo; f, la frecuencia o número de casos que asignan, de conformidad con la tabla anterior, el valor de respuesta (VR) i-ésima al rubro j-ésimo. DP son los datos perdidos.

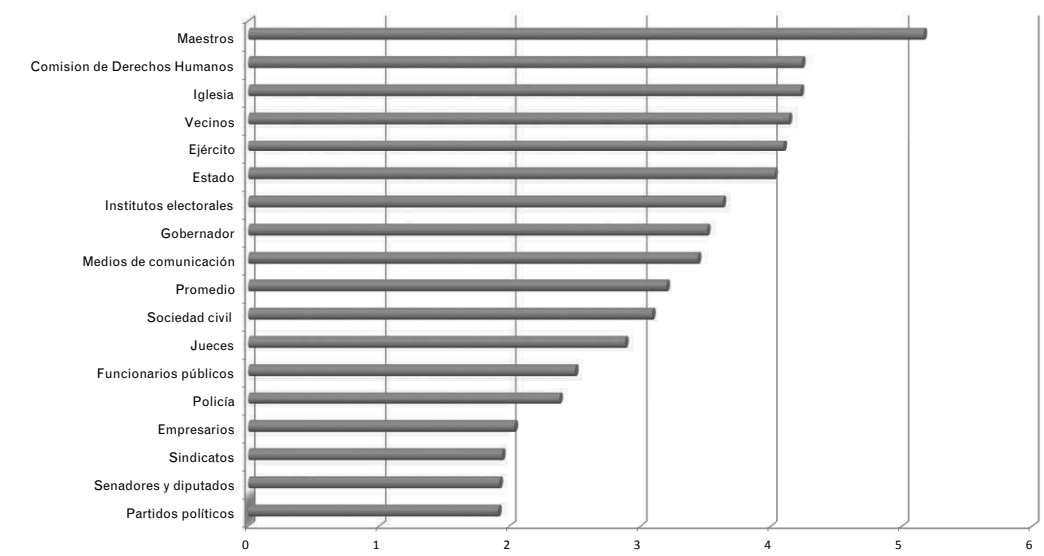
El índice de confianza global se consigue a estimar el promedio simple de los índices individuales. Los resultados se muestran en el gráfico 3. Como se puede apreciar, el promedio equivale a 3,9, que indica niveles muy bajos de confianza general. Sólo el ejército y los maestros consiguen superar los mínimos aprobatorios, mientras los organismos, instituciones y agentes del Estado, aunque reprobados, logran superar a los correspondientes a la sociedad civil. En última instancia, la confianza es un recurso indispensable para remontar problemas de acción colectiva y, en particular, los asociados con la cooperación y la cohesión sociales. Cuando la confianza desaparece, los núcleos sociales se atomizan hasta emular, en el límite, el “estado de la naturaleza” de Hobbes.

La desconfianza puede conducir hacia altos niveles de abstencionismo porque los individuos no sólo se sienten –y en el fondo, viven– al margen de los mecanismos sociales, sino también y especialmente

**Cuadro 6. ¿Qué tanto confía usted en...?**

	Totalmente (%)	Mucho (%)	Poco (%)	Nada (%)	Perdidos (%)
Ejercito	13,92	41	36,08	8,17	0,83
Maestros	11,33	38,92	42,50	6,83	0,42
Vecinos	6,17	27,17	51,08	15,42	0,17
Gobernador	3,67	22,50	48,08	24,58	1,17
Institutos electorales	5,08	23,50	43,58	25,08	2,75
Comisión de Derechos Humanos	8,42	29,33	37,58	20,25	4,42
Jueces	2,50	15,58	41,75	33,17	7
Medios de comunicación	4,08	21,75	44,67	26,92	2,58
Iglesia	9,83	28,17	38,00	21,58	2,42
Funcionarios públicos	2,58	10,08	44,92	39,42	3
Policía	1,75	11,67	41,33	43,17	2,08
Senadores y diputados	1,42	6	39,25	49,92	3,42
Partidos políticos	1,58	6,25	38,42	50,83	2,92
Sindicatos	1,25	7,92	34,75	49,50	6,58
Empresarios	2	7,58	35,83	47,92	6,67

**Gráfico 3. Índice de confianza de ciudadanos**



porque en ellos no cabe la esperanza de que su voto sea respetado, tanto en el sentido de que puede influir en la elección del candidato preferido, como en otro más relevante: el apego a las promesas de campaña y las conductas esperadas de un gobernante.

Otro mecanismo de transmisión es que la desconfianza distrae recursos y tiempo orientados a la defensa personal y al reforzamiento de los contratos, que a su vez pueden repercutir negativamente en el dedicado a la información y tiempo que demanda todo el proceso electoral: 74% de los encuestados declara la necesidad de cuidarse de los demás para evitar comportamientos oportunistas, precisamente porque no existe confianza en ellos o esta es muy baja. Más allá de cualquier alarmismo, no existen instancias alternas, oficiales o civiles, que releven al propio individuo de la tarea de estar alerta y de defenderse. Las similitudes con el estado de la naturaleza son notables: individuos atomizados, desconfianza y un Estado que no es inexistente, pero que sí muestra signos evidentes de debilidad. Por tal razón, el Estado y la sociedad civil son reprobados. La desconfianza en esta emula –toda proporción guardada– la necesaria defensa que los individuos deben desplegar para defenderse en una colectividad que se distingue por la ausencia de un poder político fuerte, que es el rasgo que nos conduce al estado de la naturaleza, con todas las gradaciones que se quiera.

Las piezas empiezan a encajar: el avanzado estado de modernización que guarda la sociedad mexicana se distanció del viejo esquema político autoritario, fincado en mucho en relaciones premodernas que daban cuerpo al corporativismo y, por esta vía, a un robusto poder concentrado en la institución presidencial. La distancia se volvió hostigamiento y obligó a una transición hacia una democracia que no pudo inyectar instituciones que sustituyeran y garantizaran la cohesión social atada por el viejo autoritarismo y el papel de las relaciones personales. Esta es una de las piezas claves que, adicionalmente a la defensa de los privilegios, erigen los actores premodernos para resistirse a la modernización.

Por estas razones, debemos esperar que exista una relación negativa entre la confianza en las instituciones y el abstencionismo. Así lo refleja el cuadro 1. Por último, apuntamos que la probabilidad media de abstenerse por motivos de desconfianza es de 21,2%.

### *La representatividad*

El siguiente factor que incide en el abstencionismo es la insuficiente representatividad de legisladores y autoridades de varios órdenes de gobierno. Para comprobar la injerencia de este factor se diseñó una

pregunta que inquiriere al encuestado sobre qué tanto interesa a esos agentes lo que él piensa y desea. Las respuestas fueron transformadas en un índice que se nutre de los siguientes valores:

Totalmente	10
Mucho	6,67
Poco	3,33
Nada	0

Entonces para cada autoridad j-ésima:

$$IR_j = \frac{\sum_{i=0}^{10} f_{ij} * VR_i}{1200 - DP}$$

[7]

Donde IR es el índice de representatividad de la autoridad j-ésima; f, las frecuencia con que asignaron la respuesta i-ésima a esa autoridad; VR, el valor de la respuesta i-ésima, según la tabla anterior; y DP, los datos perdidos. Este índice se mueve en una escala de 0 a 10. Por otro lado, el índice de representatividad de las autoridades es un promedio simple de los índices:

$$IGA = \frac{\sum_{j=1}^6 IR_j}{6}$$

[8]

Los resultados se exhiben en el cuadro 7.

Ninguna de las autoridades electas alcanza el mínimo aprobatorio. La baja representatividad que registran no sólo muestra una separación entre gobernantes y gobernados, sino también que tal divorcio es punto de descontento entre la mayoría de estos. En segundo lugar, si ninguno de los gobernantes electos aprueba el examen de representatividad, los procesos electorales pierden una parte sustancial de su sentido y de sus propósitos originales. En el límite, lo que resta de ellos es que debe de haber una autoridad, aunque esta no sea representativa, en virtud de que en el ordenamiento de preferencias de los actores modernos el mantenimiento del orden ocupa un lugar superior al de la representatividad. En tercer lugar, no es esta la que suministra el



**Cuadro 7. Índice de representación de autoridades electas**

	N válido (según lista)	Mínimo	Máximo	Media	Desviación tipo
Índice de representación de las autoridades	1.145	0	10	2,6914	2,31745
Índice de representación de las autoridades municipales	1.187	0	10	3,2182	2,67113
Índice de representación del gobierno estatal	1.184	0	10	3,0631	2,65802
Índice de representación de los diputados locales	1.179	0	10	2,5671	2,63605
Índice de representación del gobierno federal	1.176	0	10	2,7778	2,74242
Índice de representación de los diputados federales	1.171	0	10	2,3854	2,62992
Índice de representación de los senadores	1.160	0	10	2,1063	2,47666

principal nutriente a legitimidad, sino la elección. La combinación de estos dos últimos aspectos arroja un cuarto mensaje que no debe soslayarse: la distancia y el posible enojo de los ciudadanos no es contra la democracia, sino contra la forma que ha asumido en México. Ello implica que la inercia que condujo a un régimen democrático persiste y que se insiste en una profundización que elimine los vicios y déficit que presenta en nuestro país.

También los partidos deben representar a fracciones de los ciudadanos. El indicador de su representatividad consiste en un promedio simple entre la valoración que, siguiendo la misma tabla anterior, les otorgan los encuestados a dos preguntas: “¿Los partidos representan a los ciudadanos?” y “¿Los partidos buscan el interés de la gente?”. De esta forma se obtuvo el resultado del cuadro 8.

También en este caso, los ciudadanos no se sienten representados por los partidos, como exhibe el hecho de que, en una escala de 0 a 10, alcanzan una calificación de sólo 3,5.

Si el divorcio con los gobernados es un hecho que cobija tanto a las autoridades como a los partidos políticos, se debe manifestar en un índice que recoja a ambas instancias. Este índice lo hemos llamado índice global de representatividad. Para un encuestado, en lo particular, es el siguiente:

$$IGR_i = \frac{\sum_{j=1}^v R_{ij}}{8}$$

[9]

Donde IGR es el índice global de representatividad que le otorga el encuestado *i*-ésimo a partidos y autoridades; *j*, los rubros calificados que incluyen tanto autoridades como partidos; *VR*, el valor de la respuesta que el *i*-ésimo encuestado le otorga a la autoridad o a la dimensión “busca el interés de la gente” o la correspondiente a “representan a ciudadanos”. Por otro lado, el índice global de representatividad para el conjunto de encuestados es:

$$IGR = \frac{\sum_{i=1}^{1200} IGR_i}{1200}$$

[10]

Los resultados se recogen en el cuadro 9.

Al amparo de este escenario no es sorprendente que una porción de ciudadanos se abstenga. Al menos, en términos teóricos, es razonable esperar una relación negativa entre la representatividad de los agentes y la probabilidad de abstenerse si –como hemos explicado– una buena parte del sentido de los comicios se diluye cuando aquella palidece. Así lo corrobora el cuadro 1. De esta información obtenemos la probabilidad media de abstenerse por problemas de representatividad, que equivale a 22% para el conjunto de autoridades y partidos; y de 22,2 y 23,8%, para las primeras y las segundas, respectivamente.

### *Desempeño gubernamental*

La encuesta revela que la mayoría de los mexicanos tiene una visión instrumental de la democracia; por tanto, decidí explorar la influencia que el desempeño gubernamental ejerce sobre el abstencionismo. El sentido común y cualquier teoría de la democracia llevarían a sostener que este no ejerce influencia sobre la decisión de participar en los comicios, sino que es el sufragio el que premia o castiga ese desempeño. Pero si la gestión ha sido consuetudinariamente deficiente, con independencia de los partidos que ejercen el gobierno, la opción

**Cuadro 8. Índice de representatividad de los partidos políticos**

	<b>N</b>	<b>Mínimo</b>	<b>Máximo</b>	<b>Media</b>	<b>Desviación tipo</b>
Índice de representatividad de los partidos políticos	1.200 válido (según lista)	0	10	3,5024	2,62454

\*N válido (según lista): 1.200

**Cuadro 9. Índice de representatividad global de autoridades y partidos políticos**

	<b>N</b> válido (según lista)	<b>Mínimo</b>	<b>Máximo</b>	<b>Media</b>	<b>Desviación tipo.</b>
Índice global de representatividad	1.145	0	10	2,8892	2,14873

entre votar o no hacerlo puede estar vinculada con el desempeño gubernamental.

Para averiguarlo diseñé un indicador de desempeño gubernamental, fncado en lo que el gobierno puede hacer en favor de un conjunto de dimensiones del bienestar y en lo que, según la percepción del encuestado, ha realizado<sup>8</sup>. Prácticamente 72% de las personas consideran que la injerencia gubernamental debe de ser total o mucha para resolver los problemas asociados a aquellas dimensiones del bienestar. Esta visión Estado-céntrica dista de la liberal, que podríamos esperar de agentes que registran altos grados de modernidad. Si recordamos que la hemos medido por el apego a la cultura del esfuerzo, parece que esta es necesaria para obtener el éxito, pero no es suficiente: es preciso la mano gubernamental para que el trabajo y el estudio –componentes de la modernidad– se traduzcan en mayor bienestar. Tal intervención es precisa para destrabar la anomia que atrofia el vínculo entre esfuerzo y progreso material; pero también para regular aspectos que la modernidad –y sobre todo la posmodernidad– han dislocado, como la armonía familiar.

El índice de desempeño se construyó con la información que proviene de las respuestas que los encuestados emitieron a dos preguntas:

---

8. Las dimensiones del bienestar son: economía, seguridad pública, armonía social, armonía familiar, salud, educación, futuro de los hijos, servicios públicos y libertad para desarrollar un proyecto de vida.

lo que el gobierno puede hacer en cada una de las dimensiones y lo que efectivamente ha hecho a favor de ellas. La valoración de las respuestas al primer cuestionamiento arroja la capacidad atribuida al gobierno para incidir en el bienestar, que llamamos CEB; la segunda es el desempeño efectivo: DEB. De esta forma podemos partir de una brecha inicial, que llamamos brecha administrativa en el desempeño:

$$BA = CEB - DEEB$$

[11]

La escala de valoración se enfocó a que las dos variables fueran comparables:

¿Qué tanto puede hacer el gobierno por el bienestar? (CEB)

Totalmente	10.00
Mucho	6.67
Poco	3.33
Nada	0

¿Qué tanto ha hecho el gobierno por el bienestar? (DEEB)

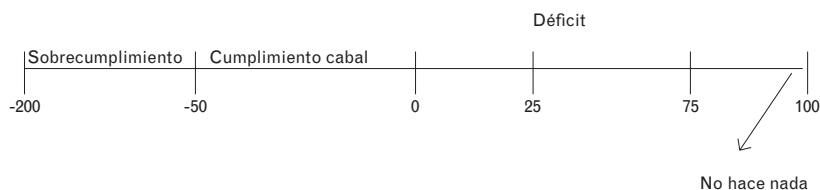
Mucho	10
Poco	5
Nada	0

Por otro lado, la ecuación (11) puede ser trasformada para arrojar una brecha relativa, que nos indica el déficit –en términos proporcionales– entre lo que el gobierno hace y lo que los ciudadanos espera de él, en función de su capacidad para intervenir en su bienestar:

$$BREB = \left[ 1 - \left( \frac{DEEB}{CEB} \right) \right] * 100$$

[12]

Para todo CEB distinto de cero. Este indicador de desempeño debe interpretarse tanto por sus valores extremos como por sus intervalos, en virtud de que las calificaciones de las respuestas de la tabla anterior no son equivalentes, aunque todos se inscriben en una misma escala. Por ejemplo “Mucho” tiene un valor mayor en la primera pregunta, mientras que “Poco”, tiene un valor inferior. Estas discrepancias nos sugieren medidas en ciertos rangos, más que valores puntuales. La escala es la siguiente:



Los resultados se presentan en el cuadro 10.  
 El gobierno actual es mejor evaluado que los anteriores porque exhibe una tasa de cumplimiento mayor y, por tanto, un déficit menor

**Cuadro 10. Desempeño gubernamental y déficit de cumplimiento de los deseos ciudadanos**

	Desempeño gubernamental <sup>a</sup> Media	Brecha absoluta (A-B) y (A-C)	Tasa de cumplimiento (%)	Brecha o déficit (%)
Lo que el Estado puede hacer por el bienestar	6,32			
Lo que ha hecho el gobierno actual por el bienestar	4,36	1,96	68,98	31,02
Lo que han hecho gobiernos anteriores bienestar	3,99	2,33	63,15	36,85

<sup>a</sup>Qué tanto hace el gobierno por el bienestar de los ciudadanos.

en su gestión administrativa que los anteriores<sup>9</sup>. Por tanto, hay una visión crítica hacia ellos porque no despliegan todos sus esfuerzos a favor de quienes los han elegido hasta agotar sus capacidades. La presencia de fuertes déficit en la gestión gubernamental conduce a que esperemos una relación positiva entre estos y el abstencionismo. Al sentir que los gobiernos despliegan esfuerzos inferiores a sus capacidades, los ciudadanos se ven tentados a cambiar el partido en el poder y a participar electoralmente; sin embargo, cuando todos incurren en este tipo de prácticas –ese es el significado de contrastar los anteriores con el actual–, los electores propenden a abandonar las urnas y, en lugar de participar, a abstenerse.

Ese es el significado del signo positivo del coeficiente que presenta el déficit en la gestión gubernamental que ostenta el cuadro 1, que

9. La tasa de cumplimiento es la relación entre DEEB y CEB multiplicada por 100. Por tanto, esta tasa de cumplimiento y el déficit o brecha suman 100.

consigna que a medida que crece esa brecha aumenta la probabilidad de abstenerse. La probabilidad media de hacerlo por este motivo es 34%.

El cuadro 1 también informa que la relación entre abstencionismo y déficit en la gestión gubernamental opera sólo para el caso de los gobiernos vigentes y no para los anteriores. Advierte que el abstencionismo adquiere el carácter de protesta o de llamada de atención al gobierno actual (o futuro) para que mejore el desempeño gubernamental. Hacerlo para el anterior carece de sentido. Por tal razón, quienes se abstienen por este motivo utilizan la abstención como un instrumento para incidir en el gobierno, en virtud de que es uno de los pocos expedientes para hacerlo.

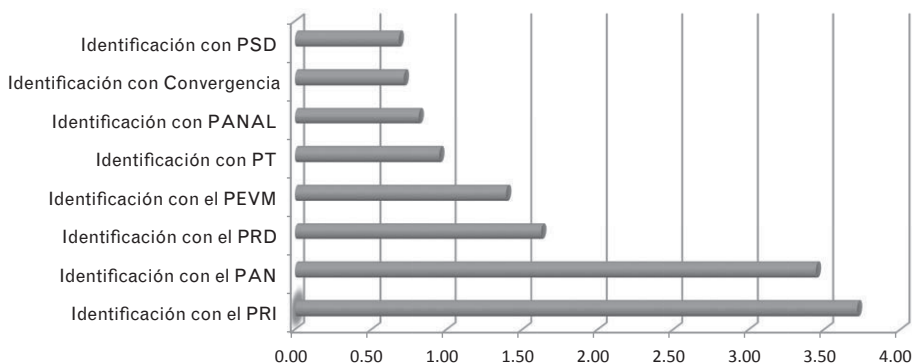
### *Identificación partidaria*

Para determinar preliminarmente el grado de identificación partidaria, se inquirió al encuestado qué tanto se identifica con un partido determinado. Las respuestas han sido cuantificadas para obtener un índice de identificación con el partido correspondiente, que pretende exhibir el grado en que, en promedio, el conjunto de entrevistados se identifica con ese partido. Las calificaciones son: “Identificación total”, 10, que correspondería al militante; “Mucho”, 2/3, que aproxima al simpatizante; y “Poco”, 1/3, que trata de reflejar al votante ocasional; y “Nada”, 0, que ubicaría al encuestado que nunca votaría por el partido correspondiente. Los resultados se muestran en el gráfico 4.

En primer lugar, resalta el bajo grado de identificación que los mexicanos registran con los partidos: en una escala de 0 a 10, el índice correspondiente alcanza una media para conjunto de los partidos equivalente a 1,67 puntos. En segundo término, los partidos que mayor puntuación registran –Partido Revolucionario Institucional (PRI), Partido Acción Nacional (PAN) y Partido de la Revolución Democrática (PRD)– no alcanzan el mínimo aprobatorio (5 puntos), lo que es elocuente de que, a pesar de que monopolizan la política nacional, sus acciones se encuentran muy lejos de reflejar los deseos de los ciudadanos.

Los datos de este gráfico son un indicador de que el ciudadano mexicano exhibe un bajo nivel de identificación partidaria, en contra de lo que sostienen otros estudios (Moreno, 2005). Aun así, su construcción sobreestima esa identificación porque permite que otros partidos reciban una valoración positiva. Esta idea traiciona el concepto de identidad partidaria porque el concepto básico de la misma reproduce la imagen de una religión con la que se nace y, salvo algunas circunstancias (fiorina, 1981), una persona permanece (Campbell et al., 1980). A

**Gráfico 4. Índice de identificación partidaria\***



\* PAN: Partido Acción Nacional; PANAL: Partido Nueva Alianza; PRD: Partido de la Revolución Democrática; PRI: Partido Revolucionario Institucional; PSD: Partido Socialdemócrata; PT: Partido del Trabajo; PVEM: Partido Verde Ecologista de México.

esta fidelidad la llamamos identidad partidaria<sup>10</sup>. Entonces, en sentido estricto, la identidad no puede aceptar una distribución de simpatías, sino sólo la concentración de las mismas en el partido de nuestra elección.

Para demostrar esta idea, podemos rescatar el índice que sirvió para la elaboración del gráfico 4: cada uno de las respuestas recibidas para detectar qué tan identificado está el encuestado con cada uno de los ocho partidos recibió un valor que se mueve en una escala de 0 a 10; con ellas se puede construir no sólo un índice de identificación para cada partido, sino también uno general, si seguimos el siguiente procedimiento:

$$IGIP_i = 2 \text{Max}(VR_{1,i}, VR_{2,i}, VR_{3,i}, VR_{4,i}, VR_{5,i}, VR_{6,i}, VR_{7,i}, VR_{8,i}) - \sum_{j=1}^8 VR_{j,i}$$

[13]

Donde IGIP es el índice general de identificación partidista del i-ésimo encuestado; VR, el valor de su respuesta al j-ésimo partido; y Max, como es la costumbre, el valor máximo entre un conjunto de

10. En realidad, el concepto de identidad partidaria es más elaborado: una persona tiene ciertas características sociales y psicológicas que lo hacen identificarse con un partido determinado. En la medida en que esas características son formadas en el ámbito social inmediato, se postula que la identidad es como una religión heredada.

argumentos, en este caso el valor de las respuestas para cada partido. Al duplicarlo, se pretende que la ecuación se transforme automáticamente en:

$$IGPI_i = Max(VR_j,..VR_8) - (VR_j + .. + VR_{j+l-1} + VR_{j+l+1}.....)$$

[14]

De esta forma se persiguen dos propósitos: el central, que consiste en disminuir el valor máximo otorgado a un partido con los asignados a los demás; y el técnico, que pretende que el valor máximo se conserve cuando se sustrae con la suma del total de valores que reciben todos los demás. El primero necesita una explicación adicional: cuando un encuestado reparte su fidelidad entre varios partidos, su identificación partidaria, aunque sea alta para uno de ellos, se diluye; por tanto, debe de ser disminuida con la suma de valores que asignó a los otros institutos políticos.

Cuando estimamos la relación entre la probabilidad de abstenerse y la identificación partidista calculada para la ecuación (13), los resultados acusan una vinculación nula entre ambas variables, como lo atestigua el cuadro 11.

La razón de esta ausencia de vinculación es la débil, incluso negativa, identificación partidaria (ver Cuadro 12).

Esta media negativa muestra no sólo el rechazo que los ciudadanos exhiben hacia los partidos políticos, sino también el carácter instrumental que les suministran a estos institutos, en el sentido de que no existe fidelidad suficiente para votar por uno de ellos sin observar cuál es su desempeño. Ello reafirma el carácter instrumental que despliegan ante los partidos y su disposición a cambiar sus simpatías frente a cambios conductuales.

No obstante cuando asumimos que sólo cuenta como identidad el valor máximo que recibe un partido, la ecuación (13) se convierte en:

$$IGIP_i = Max(VR_{1,i}, VR_{2,i}, VR_{3,i}, VR_{4,i}, VR_{5,i}, VR_{6,i}, VR_{7,i}, VR_{8,i})$$

$$\sum_{j=1}^8 VR_{j,i} - Max(VR_{1,i}, VR_{2,i}, VR_{3,i}, VR_{4,i}, VR_{5,i}, VR_{6,i}, VR_{7,i}, VR_{8,i}) = 0$$

[13A]

Es decir, soslayamos el valor que reciben los otros partidos.

Sólo bajo esta versión limitada de la identidad partidaria podemos postular la relación con el abstencionismo que esperábamos, que es la



**Cuadro 11. Regresión logística entre abstencionismo e índice general de identificación partidista**

Voto abstención recodificado <sup>a</sup>		B	Error tip.	Wald	gl	Sig.	Exp(B)	Intervalo de confianza al 95% para Exp(B)	
								Límite inferior	Límite superior
Abstencionista	Intersección	-1,26	0,71	318,561	1	0,000			
	IGIP	0,006	0,008	0,508	1	0,476	0,994	0,979	1,01

<sup>a</sup>La categoría de referencia es voto.

**Cuadro 12. Medida del índice general de identificación partidista**

	N	Mínimo	Máximo	Media	Desv. Tip.
Índice general de identificación partidista	1.200 N válido (según lista)	-43,33	10	-1,3972	8,78715

que consigna el cuadro 1: a una mayor identificación partidaria corresponde una menor probabilidad de abstenerse. Al usarla para cada uno de los partidos, también se obtienen los índices de identificación para cada uno de ellos que muestra el cuadro anterior. En la medida en que sólo el PRI y el PAN muestran relaciones significativas, apuntamos las probabilidades medias sólo para ellos: 21,8 y 21,2%, respectivamente. La correspondiente al índice general es de 21,2%.

### *Sofisticación del votante*

El sentido común nos afirma que un votante más sofisticado se preocupa más por los asuntos públicos y, al mismo tiempo, utiliza una mayor cantidad de información para decidir entre las opciones electorales. Por ello, cabe esperar que mientras más sofisticado sea, menor será su probabilidad de abstenerse. Para comprobar esta hipótesis se diseñó un grupo de cuatro preguntas de dificultad creciente que, combinadas, den lugar a un índice de sofisticación para cada uno de los entrevistados.

Las preguntas se refieren al conocimiento del encuestado sobre los siguientes aspectos: el partido al que pertenece el presidente de la República, el sindicato que lidera Elba Esther Gordillo, los grupos en conflicto en el PRD y el número de elecciones para gobernador que coincidieron en 2009 con la elección federal.

La estimación del índice de sofisticación siguió el siguiente procedimiento:

$$IS_j = \left[ \sum_{i=1}^4 a_i X_i \right] * 10$$

[15]

Donde IS es el índice de sofisticación del entrevistado j-ésimo, que se mueve en una escala de 0 a 10; X es la respuesta a la pregunta i-ésima, que puede asumir los siguientes valores:

$$X = 1, \text{correcta}$$

$$X = 0, \text{incorrecta}$$

Por otro lado, fue necesario ponderar las respuestas para que reflejaran el grado de dificultad en forma escalada. Esta función la cumplen el grupo de ponderadores que denominamos con la letra “a”, que se calculan como la proporción del total de respuestas incorrectas que corresponde al número de respuestas incorrectas a la pregunta i-ésima:

$$a_i = \frac{\sum_{j=1}^n Y_j^i}{\sum_{j=1}^n Y_{j,i}} = \frac{Y_1^i + Y_2^i + \dots + Y_n^i}{Y_{1,1} + Y_{2,1} + \dots + Y_{n,1} + Y_{1,2} + Y_{2,2} + \dots + Y_{n,2} + Y_{1,3} + \dots + Y_{n,3} + Y_{1,4} + \dots + Y_{n,4}}$$

$$i = 1, 2, 3, 4$$

[16]

Donde Y es cada respuesta incorrecta a la pregunta i-ésima; n, el número de encuestados.

Al ponderar por las respuestas incorrectas, el coeficiente capta el grado de dificultad: mientras mayor es la proporción de desaciertos que obtiene una pregunta determinada entre el total de incorrecciones, más difícil es atinar en el ejercicio. El resultado se muestra en el cuadro 13.

Como se puede observar, el índice exhibe que los ciudadanos mexicanos registran un grado muy bajo de sofisticación en los asuntos políticos y, por extensión, en el conocimiento de los problemas nacionales.

Sin embargo, su estimación es útil para el cálculo de la ecuación logística que lo vincula con el abstencionismo. La estimación, referida en el cuadro 1, nos confirma que un mayor grado de sofisticación se

refleja en una menor probabilidad de abstenerse. Este hallazgo es otro argumento contra la tesis de Temkin y Salazar, aunque por otra vía: aquí no es necesariamente la educación formal la que reduce la abstención, sino la información del votante. Los autores suponen que la instrucción formal automáticamente se traduce en una mayor información de los asuntos públicos, lo que conduce a la desconfianza hacia las instituciones y, por esta ruta, hacia un mayor abstencionismo. Hemos demostrado que eso sólo es válido para los estratos de ingresos medios, pero no como tendencia general. Los estratos que la impulsan hacia una relación negativa entre educación y abstencionismo son los de ingresos altos, porque muestran un grado de sofisticación más grande que los primeros, en virtud de que están más informados. Esto se percibe en el cuadro 14.

### Encajando las piezas

Los ocho factores que hemos analizado tienen sus lógicas propias a la hora de determinar el abstencionismo. Sin embargo, es posible tratar de encajar todas las piezas en un solo rompecabezas, a fin de describir los rasgos más importantes del abstencionista mexicano. Con esta finalidad, nos valemos del cuadro 15 que resume las probabilidades de abstención por cada una de los factores.

**Cuadro 13. Medida del índice general de identificación partidista**

	N	Mínimo	Máximo	Media	Dev. Tip.
<b>Índice de sofisticación</b>	1.200 N válido (según lista)	0	10	3,0151	3,1586

**Cuadro 14. Índice de sofisticación por nivel de ingreso**

Ingreso mediano		N	Mínimo	Máximo	Media	Dev. Tip.
Nivel de ingreso bajo	Índice de sofisticación	600	0	10	2,3241	2,81257
	N válido (según lista)	600				
Nivel de ingreso medio	Índice de sofisticación	325	0	10	3,3389	3,1108
	N válido (según lista)	325				
Nivel de ingreso alto	Índice de sofisticación	275	0	10	4,1401	3,53354
	N válido (según lista)	275				

**Cuadro 15. Probabilidad media por determinante del abstencionismo**

	Probabilidad media de abstenerse de abstenerse (%)	Sentido de la relación
<b>Pobreza</b>		
Alimentaria	24,39	+
Capacidades	24,15	+
Patrimonial	23,52	+
<b>Escolaridad</b>		
Ingreso medio	73,7	+
Ingreso alto	16,3	-
General	22	-
Modernización	32,1	-
Confianza	21,2	-
<b>Representatividad</b>		
Autoridades y partidos	22	-
Autoridades	22,2	-
Partidos	23,8	-
Desempeño gubernamental	34	-
<b>Identificación partidista</b>		
General	21,2	-
PAN	21,8	-
PRI	21,2	-
Sofisticación del votante	21,5	-

La sociedad mexicana es moderna tanto porque la mayoría de los ciudadanos se ubican en la categoría de actores modernos como por el alto grado que, en conjunto, registra el índice de modernización. En la medida en que este refleja que los ciudadanos esperan que el trabajo y el estudio sean los factores para forjar el éxito personal (“la cultura del esfuerzo”), demandan de la democracia una reforma institucional que trascienda el ámbito electoral y se anime a trastocar las relaciones económicas, sociales y políticas en un sentido muy claro: el meritocrático. No obstante, el relevo de la élite gobernante –que suele asociarse con el arribo de la democracia– no acarrió esas transformaciones; antes bien, preservó buena parte de las instituciones del viejo sistema, que

propiciaban el imperio el privilegio, la importancia de las relaciones personales en las gestión del ascenso social y, sobre todo, un bienestar asociado a las extracción de rentas.

En este sentido, el alto grado de modernización que acusa la sociedad mexicana es más una aspiración extendida que una realidad imperante. Así está construido el índice que da cuenta de la misma: una norma que pondera el esfuerzo sobre otras formas de labrar el éxito personal. Al contrastarla con la realidad, el cambio en el régimen político suena estéril –o por lo menos parco– a la luz de las expectativas de quienes impulsaron la transformación democrática. Entonces, la primera decepción –justificada o no– que acarrea este proceso es el incumplimiento en el materializar las aspiraciones modernizadoras de destrabar la anomia que impide que el esfuerzo se traduzca en bienestar.

Por tal razón, los factores que exhiben las mayores probabilidades de abstenerse son la educación de los ingresos medios y la modernización. Quienes se abstienen por este último motivo ven que se encuentra detenida y que tal hecho debilita la correspondencia entre esfuerzo y bienestar. Quienes necesitan más destrabar esa anomia son precisamente los estratos de ingreso medio, porque representa la única vía de ascenso económico y social, en virtud de la alta concentración de oportunidades. Son ellos los que perciben en su vida cotidiana el peso de las relaciones premodernas y por ello desconfían de las instituciones que las propician. Para hacerlo necesitan cierto grado de información y educación. Por ello, la proposición de Temkin y Salazar es válida para estos conglomerados sociales. Los estratos más altos pueden percibirla pero no despliegan esa crítica: viven condiciones que les permite aprovechar la coexistencia de relaciones premodernas o combinadas con las modernas. En la medida en que estos estratos de ingreso alto están, en promedio, más informados, suelen ser votantes más sofisticados. Ellos contribuyen a imprimir a la relación entre educación y abstención su tendencia general. Lo mismo sucede con el factor sobre la sofisticación del votante.

El siguiente grupo de factores se relacionan con la actuación de la élite política, que engloba a autoridades y representantes electos, así como a los partidos. Este grupo está integrado por el resto de determinantes. En primer término, el abstencionista percibe a la élite política como un grupo que persigue su propio interés y tiende a actuar de la misma manera, con independencia de cuál sea su signo político. Por tal razón, no representa a los ciudadanos. En este sentido, el abstencionista forma parte de un núcleo que encuentra irrelevante asistir a las urnas:

la democracia indirecta se ve despojada de uno de principales sus propósitos que le dan vida. La falta de representatividad se manifiesta como un desinterés de autoridades y partidos en lo que piensan los ciudadanos y, por lo mismo, de sus necesidades. Aparecen así como un núcleo hermético y escasamente permeable al sentir de los gobernados; pero también a la participación de los mismos en los asuntos públicos porque han constituido un oligopolio del poder, al que suele llamarse “partidocracia”. La respuesta a ese hermetismo es el abstencionismo, en virtud de es el único expediente de protesta frente a tal insensibilidad. Entonces, encontramos en la falta de representatividad un segundo factor de la abstención, dirigido a manifestar su descontento con la forma que ha asumido en México la democracia. Es decir, la democracia se vacía de uno de sus principales cometidos.

La baja representatividad no es sentida solamente por el abstencionista, sino también por quienes asisten a las urnas, si atendemos al bajo nivel que asume el índice correspondiente. Los datos confirman que para ambos tipos de ciudadanos impera un ordenamiento de preferencias que ubica al principio de autoridad sobre la democracia y a esta sobre la representatividad. Por tal razón, quienes sufragan están dispuestos a costear el bien público que representa contar con autoridades, a pesar del *free-rider* implícito (Olson, 1965). Este hecho revela que: 1) el beneficio para los votantes de contar con ese bien supera el costo total de obtenerlo; y 2) persiste el apoyo a la democracia como principio general, aun cuando la forma que esta haya asumido no satisfaga a una gran parte de la población con derecho a votar. El abstencionista es el que traduce esa insatisfacción en retiro de las urnas; el votante no.

El otro ingrediente de este grupo dirigido a la clase política revela que existe un tipo de abstencionista –u otro motivo para abstenerse– que utiliza su actitud como llamada de atención al gobierno para que mejore su desempeño. Esta conducta es totalmente racional y moderna, si la consideramos como una única respuesta a un bloque partidista que se comporta de la misma manera cuando alguno de sus integrantes ocupa los puestos de mando y autoridad. En lugar de castigar al partido en el gobierno con un voto rival, el ciudadano se abstiene. De esta forma, protesta no sólo contra el partido en el poder, sino también contra cualquiera que pudiera arribar al gobierno.

Pero mientras la abstención por motivos de desempeño representa un llamado para la solución de problemas que pueden ser resueltos por el gobierno, el que obedece a la pobreza acusa un desencanto con cualquier partido y cualquier política pública, porque la condición de marginalidad de los pobres dificulta que puedan abandonar la pobreza

con políticas convencionales, generalmente orientadas al mercado. El pobre no tiene nada que esperar de uno u otro partido o candidato. Además, este desencanto se ha acentuado con el tiempo, que ha sido testigo del desfile de candidatos que prometen, incitan al voto y sus condiciones siguen iguales. ¿Por qué tendrían que votar si para ellos el sentido del sufragio no puede ser otro que cambien esas condiciones?

Vistas así las cosas, los factores conforman un cuadro lógico en el que el abstencionismo acusa una buena dosis de protesta contra la clase política. Protesta contra su timidez para profundizar la democracia y, sobre todo, la modernización; protesta contra su escasa sensibilidad al sentir de los ciudadanos.

### Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor y Jorge Castañeda. “Un futuro para México”, *Nexos*, noviembre de 2009.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI, 2008.
- Campbell, A., Phillippe Converse, Warren Miller y Donald Stokes. *The American Voter*, Midway Reprint, Chicago, The University of Chicago Press, 1980.
- Coneval (2010), “Líneas de Pobreza, México 2000 (agosto) a 2009 (junio). Disponible en: <http://www.coneval.gob.mx/medicion/Paginas/Medición/Pobreza-2010.aspx>.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), México. <http://www.coneval.gob.mx>.
- Downs, Anthony. *Teoría económica de la democracia*, Madrid, Aguilar, 1973.
- Escalante, Fernando. *Ciudadanos imaginarios*, México, Colegio de México, 1993.
- Durkheim, Emile. *The Division of Labor in Society*, Nueva York, Free Press, 1964.
- fiorina, Morris. *Retrospective Voting in American National Elections*, New Haven, Yale University Press, 1981.
- Guerra, Francois. Xavier. *México. Del antiguo régimen a la revolución*, México, FCE, 1980.
- Guidens, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 2002.
- Gujarati, Damodar. *Econometría*, Bogotá, McGraw-Hill, 2001.
- Habermas, Jurgen. *El discurso filosófico de la modernidad*, Buenos Aires, Katz, 2008.
- “La modernidad inconclusa”, *Vuelta*, n° 54, mayo de 1981.
- Inegi (2005), “Censo de población y vivienda”, 2005. Disponible en <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/ccpv/cpv2005/Default.aspx>.
- Lechner, Norbert. “El Estado en el contexto de la modernidad” en Norbert Lechner, René Millán y Francisco Valdés, *Reforma del Estado y coordinación social*, México, Plaza y Valdés e IIS-UNAM, 1999.
- Levy, Santiago. “La pobreza en México”, en Félix Valdez, *La pobreza en México. Causas y políticas para superarla*, México, ITAM-FCE, 1994.

- Lipovetsky, Gilles. *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- Marín Bravo, Álvaro y Juan Jesús Morales Martín, en “Modernidad y modernización en América Latina: una aventura inacabada”, *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, Madrid, 2010.
- Millán, Henio. *La pieza faltante. El combate a la pobreza y el crecimiento económico en México*, México, Porrúa y Colegio Mexiquense, 2005.
- *Neoliberalismo y transición en México*, Toluca, Colegio Mexiquense, 1998.
- Moreno, Alejandro. *El votante mexicano. Democracia, actitudes políticas y conducta electoral*, México, FCE, 2005.
- North, Douglas. *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, FCE, 1993.
- O’Donell, Guillermo y Philippe C. Schmitter. *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*, Batimore, John Hopkins Univesity Press, 1986.
- Olson, Mancur. *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Harvard University Press, 1965.
- Putnam, Robert. *Making Democracy Works*, Princeton, Princeton University Press, 1993.
- Przeworski, Adam. *Democracia y mercado*, Nueva York, Cambridge University Press, 1995.
- Ramos Oranday, R. “Oposición y abstencionismo en las elecciones presidenciales, 1964-1982” en Pablo González Casanova (coord.), *Las elecciones en México, evolución y perspectiva*, México, Siglo XXI/UNAM, 1985.
- Salles, Vania. “Modernidad” en Laura Baca, Judit Bokser, et al. *Léxico de la política*, México, FCE, flacso, Conacyt y Fundación Heinrich Boll, 2000.
- Stiglitz, Joseph. *Economics of the Public Sector*, Nueva York, Norton & Company, 2000.
- Temkin, Benjamín y R. Salazar. “Abstencionismo, escolaridad y confianza en las instituciones. Las elecciones federales de 2003 en México”, *Política y Gobierno*, vol. XIV, No. 1, 2007.
- Touraine, Alain. *Crítica de la modernidad*, Buenos Aires, FCE, 1994.
- Wallerstein, Immanuel. *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1998.

FECHA DE RECEPCIÓN: 7 DE ABRIL DE 2011  
 FECHA DE APROBACIÓN: 16 DE SEPTIEMBRE DE 2012